

## “Evangelizar y educar” Los jesuitas de la Centroamérica colonial

Jesús M. Sariego\*

### Introducción

Tres épocas marcan la presencia de los jesuitas en América Central. La primera, *la etapa colonial*, de la que nos ocupamos en estas líneas, va desde 1575 (fecha del primer establecimiento de una comunidad jesuita en Panamá) hasta la expulsión decretada por la Pragmática Sanción de Carlos III en 1767. La segunda, *la época moderna*, aunque iniciada con la llegada de dos capellanes jesuitas como integrantes de una expedición de emigrantes belgas en las costas atlánticas de Guatemala en 1843<sup>1</sup>, se consolida a partir de mayo de 1851, cuando los expulsos de la Nueva Granada se establecen en la ciudad Guatemala. Desde allí se extienden a Nicaragua, El Salvador y Costa Rica hasta que, a fines de 1885, son desterrados de todo el Istmo por los Gobiernos liberales<sup>2</sup>. La tercera época, que podríamos llamar *contemporánea*, se inicia con la Misión dependiente de los jesuitas mexicanos de 1914 en Nicaragua y El Salvador, convertida en 1937 en Viceprovincia de Centroamérica, primero dependiente de Castilla y, desde 1958, independiente. En 1976, Pedro Arrupe erige la Provincia jesuítica de Centroamérica, a la que en 1979 se agrega la antigua Misión de Honduras perteneciente a la Provincia de Missouri.

A lo largo de todo el período colonial, dos fueron los grandes sueños apostólicos de los jesuitas que vivieron en América Central: *evangelizar y educar*. Eran la realización concreta de una espiritualidad que buscaba

\* Provincial de la Compañía de Jesús para Centroamérica.

1. Fabri, Joseph. *Les belges au Guatemala (1840-1845)*, Academie Royale des Sciences Coloniales. Classe des Sciences Morales et Politiques, Bruxelles: Editions J. Duculot, 1955.
2. De esta etapa se ocupa el P. Rafael Pérez en su obra *La Compañía de Jesús en Colombia y Centroamérica después de su Restauración.*, 3 vols. Imp. Luis N. de Gaviria, Valladolid, 1896-97.

“en todo amar y servir” en el ambiente cambiante de un Nuevo Mundo y que cristalizó en el trabajo pastoral urbano, la evangelización del mundo indígena y las actividades educativas de los jesuitas, tema aún poco estudiado tanto por los historiadores de la cultura en Centroamérica como por los expertos en la historia de la Compañía de Jesús

### 1. Los jesuitas centroamericanos de la Colonia

La Centroamérica colonial se emparentó desde muy pronto con la Compañía de Jesús, no solo debido a hechos fortuitos, como la presencia y el fallecimiento de uno de los hermanos de S. Ignacio, Hernando de Loyola, en la conquista del Darién<sup>3</sup>, o el nombramiento de otro familiar más lejano, Pablo de Loyola, como gobernador de Nicaragua, sino, mucho más, por la posición estratégica que las tierras centroamericanas representaban dentro del primer proyecto misional jesuítico.

Desde la primera aventura misionera en las costas de la Florida durante el generalato de Francisco de Borja, existió el deseo de organizar, desde algún lugar del Reino de Guatemala, una base para la difícil evangelización de las Antillas, deseo que parecía hacerse realidad cuando, nombrado gobernador de Honduras, Juan de Vargas y Carvajal solicitó de Borja la asignación de un grupo de jesuitas para su expedición<sup>4</sup>. Más tarde, cuando al fin se logró fletar la primera expedición a Lima en 1565, en los planes de Borja estaba instalar una residencia en Panamá que poco a poco se fuera convirtiendo en colegio, ya que la ciudad resultaba paso obligado de viajeros y riquezas hacia y desde el Virreinato del Perú.

Ruiz de Portillo, superior de la primera expedición, llegó a considerar incluso que, por su ubicación estratégica, Panamá sería el lugar ideal para establecer la residencia del provincial del Perú<sup>5</sup>.

Antes de la expulsión de 1767, los jesuitas concentraron su trabajo en dos lugares, Panamá y Guatemala (hoy Antigua Guatemala), desde los que realizaron diversas correrías apostólicas y expediciones misioneras en la región centroamericana. Por Panamá pasaron los jesuitas, por primera vez, en 1567. Diez años después y a petición del Cabildo municipal, establecieron un incipiente colegio al que años más tarde se anexaría la Universidad de San Javier. Tras el envío de dos misiones itinerantes desde Oaxaca, los jesuitas terminarían estableciéndose también en Guatemala y organizaron sus actividades docentes, desde 1606, en el Colegio de San Lucas al que unirían el internado San Francisco de Borja desde 1699.

Además de estos dos centros educativos, los jesuitas tuvieron una breve experiencia docente en dos lugares de Nicaragua. En Granada, tras una breve misión de los PP. Contreras y Blas Hernández en 1619, se estableció un pequeño colegio de primeras letras y gramática que, por falta de una dotación consistente, fue pronto abandonado. Algo parecido ocurrió en 1621 en la villa de El Realejo donde con frecuencia misionaban los jesuitas desde Granada, para corresponder a las constantes súplicas del cura de la villa, D. Antonio de Grijalva, pero la distancia de este puesto y la falta de ayuda económica determinaron que la Compañía abandonase el lugar en 1625<sup>6</sup>.

3. Mateos, F., “Los Loyola en América II”, *Razón y Fe*, 154, Madrid, 1956, págs 154-176. Fernández Martín, L., “Parientes próximos de San Ignacio de Loyola”, en *Boletín de Estudios históricos sobre San Sebastián*, 1982, pp 379-385.
4. Mateos, F., “Un intento de Misión en Honduras”, *Misionaría Hispánica*, 2, año II, núm. 4, 1945, pp. 377-384.
5. Egaña, A. de (Ed.), *Monumenta Peruana, I. (1565-1575)* Monumenta Historica Societatis Iesu, Roma, 1954, pp 180 y ss.
6. Alegre, Francisco J., *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, Biblioteca Instituto S.I. Roma: Ed. Burrus – Zubillaga, 1956-1960, tomo II. pág. 133.

Por formar parte de dos circunscripciones jesuitas diferentes, los jesuitas de Panamá y Guatemala no establecieron vínculos entre sí durante el período colonial. Perteneciente primero al Virreinato del Perú, después al del Nuevo Reino y más tarde a la Real Audiencia de Quito, Panamá jesuíticamente fue parte de las Provincias del Perú, Nuevo Reino de Granada y Quito<sup>7</sup> sucesivamente. Los jesuitas de Guatemala, por su parte, junto con los del colegio de Chiapas constituían el final de la avanzadilla sur de la Provincia jesuítica de Nueva España o México.

Para hacerse una idea somera acerca de la presencia jesuítica en Centroamérica, bastará decir que, en poco más de 150 años que separan la llegada de la Compañía al istmo centroamericano de la expulsión de 1767, algo más de 600 jesuitas trabajaron en Centroamérica, entendiendo por tal el territorio que desde Guatemala a Panamá actualmente conforma la Provincia jesuita de Centroamérica. Muchos de esos jesuitas habían nacido en España, Italia, Alemania y Flandes. Pero también una buena parte de ellos eran centroamericanos, mexicanos, colombianos, ecuatorianos y peruanos<sup>8</sup>.

A partir de los datos que arrojan los catálogos que se conservan en los archivos romanos de la Compañía, nos consta que, durante el período reseñado, algo más de 150 jesuitas fueron nacidos en Centroamérica. Los encontramos trabajando dentro y fuera de esta región en toda la gama de activi-

dades apostólicas propias de la Compañía de la época. Unos fueron famosos misioneros en el Marañón (“las misiones de Maynas”), como los Padres Troyano, Cáceres o Agustín Hurtado, martirizado en la tierra de los Gayes. Otros trabajaron en las misiones del noroeste mexicano, como el P. Idiáquez, hondureño, el P. Pereira, nicaragüense, o el P. José García, guatemalteco. Unos ejercieron su labor misionera en la Tarahumara, otros en Chihuahua o en el Nayarit. Probablemente, el más renombrado de todos ellos sea el guatemalteco Juan de Monsalve, que llegó a ser uno de los grandes expertos en las lenguas indígenas entre los tepehuanes. La gran aventura misionera de los jesuitas en la Península de California cuenta entre sus grandes nombres con el del P. Juan de Ugarte, natural de Tegucigalpa<sup>9</sup>; y hasta las Filipinas, entonces territorio apostólico de la Provincia Mexicana, llegó la presencia del P. Antonio Arias, guatemalteco.

Por lo que se refiere el mundo de la cultura y la educación universitaria, habría que subrayar, entre los catedráticos de la universidad jesuita de Quito, a los profesores panameños José Ignacio Delgado, Esteban Ferriol y Juan Giraldo<sup>10</sup>. En el colegio Máximo, de México, explicaron materias filosóficas o teológicas el salvadoreño Bartolomé Cañas, el hondureño Cerón y los guatemaltecos Lugo, Oviedo, Ramírez, Sumpsin y Villalta<sup>11</sup>. En los días de la expulsión, ocupaban puestos de dirección en los colegios de la Compañía varios jesuitas centroamericanos, como el

7. Jouanen, José. *Historia de la Compañía de Jesús en la antigua Provincia de Quito 1570-1774*. 2 tomos, Quito: Editorial Ecuatoriana, 1941-1942.
8. Zambrano, F., Gutiérrez Casillas, J., *Diccionario bio-bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, Tomos I - XVI. Siglos XVI y XVII (1566-1699), México, 1966-1977. Vargas Ugarte, R., *Historia de la Compañía de Jesús en el Perú*. 3 vols. Burgos, 1963-1965.
9. Villavicencio, J. J., *Vida y virtudes de el venerable y apostólico padre Juan de Ugarte de la Compañía de Jesús, misionero de las Islas Californias y uno de sus primeros conquistadores. Escrita por el Padre J. J. de V. de la misma Compañía*, México: en la imprenta del real y más antiguo Colegio de San Ildefonso. Año de 1752.
10. Sánchez Astudillo, M., *Textos de catedráticos jesuitas en Quito colonial. Estudios y bibliografía*. Archivo Nacional de Historia, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1959.
11. Vargas Alquicira, S., *La singularidad novohispana en los jesuitas del siglo XVIII*, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1989.

guatemalteco Cayetano Cortés, entonces rector del colegio de Puebla, el granadino Faustino Vega, rector del colegio de San Luis Potosí, el también nicaragüense Jorge Vidaurre profesor del Colegio de Guanajuato y el guatemalteco José Zepeda que enseñaba en el colegio de La Habana. No faltaron los artistas como el Hermano coadjutor panameño Hernando de la Cruz, que ornó con sus cuadros la iglesia de la Compañía de Jesús en Quito.

Pero no solo en las misiones y en la enseñanza se hicieron presentes los jesuitas centroamericanos; también ocuparon cargos de responsabilidad como procuradores en Roma y hasta provinciales, como Juan A. de Oviedo, Alfonso de Arrivillaga, Francisco de Arteaga y Juan de Estrada.

La Compañía centroamericana no se eclipsó con la expulsión decretada por Carlos III. En los días del exilio, en los territorios pontificios italianos alcanzaron celebridad por su labor intelectual, entre otros, el hondureño Lino Fábregas, experto traductor del famoso código maya Borjiano; y sobre todo, quien ha dado nombre a toda una generación de poetas y latinistas, el guatemalteco Rafael Landívar, cuya *Rusticatio mexicana* —más guatemalteca que mexicana— salía a la luz en dos ediciones, en Módena y Bolonia, en 1782.

Para hacer honor a la verdad, a esta larga lista de jesuitas afamados habría que añadir la de tantos alumnos que pasaron por las aulas de San Javier, San Lucas o San Borja: eclesiásticos y laicos que ocuparon puestos claves en la sociedad centroamericana de la época como obispos, miembros del clero o de la vida religiosa, oidores de los cabildos, fiscales de las Audiencias, comisarios del Tribunal de la Inquisición, escribanos mayores, cronistas, literatos y funcionarios o profesores universitarios en quienes la huella de la educación jesuita marcó una historia.

Por ello, nada nos debe extrañar que, cuando después de casi un siglo de ausencia de la Compañía en América Central —el siglo perdido para la cultura de que hablaba Magnus Mörner—, tanto los cabildos de Guatemala como los de Nicaragua y Panamá solicitaran el pronto regreso de los jesuitas a las tierras centroamericanas para volver a ser evangelizadores del pueblo y educadores de la juventud.

## 2. Las labores evangelizadoras

Atentos a las necesidades pastorales de las mayorías, desde su llegada tanto a Panamá como a Guatemala, los jesuitas orientaron sus primeros esfuerzos hacia el trabajo apostólico directo con la población imprimiéndole el sello propio de su espiritualidad.

En Panamá, ya en el paso de la primera expedición en enero de 1568, gracias a sus sermones, los jesuitas lograron que se fundara un hospital en Nombre de Dios para tantos enfermos, transeúntes y sin hogar como recorrían el camino desde Europa hacia América del Sur atravesando Panamá. Y más tarde, en 1577, el primer grupo que se establecerá en Panamá, acude precisamente como capellanes de una pequeña Armada que se enviaba para combatir a los piratas establecidos en las montañas de Bayano.

Ubicados al fin en la ciudad de Panamá, los primeros jesuitas se dedicaron por entero a las labores de la predicación, los sacramentos, catequización, atención a enfermos<sup>12</sup> y presos, tareas que se incrementaron a partir de la llegada del P. Juan de Baena. En una primera época en que no contaban con iglesia propia, utilizaron las plazas y, con frecuencia, la catedral de la ciudad, hasta que en 1609 lograron inaugurar la primera iglesia dedicada a San Ignacio. Desde 1584, un grupo permanente se estableció en la Residencia de Panamá y el

12. En la peste de 1652, murieron los PP. Diego de Herrera y Nicolás Cordero. En la gran peste y epidemia posterior de 1696, toda la comunidad jesuita pereció, exceptuando al rector P. Miguel Cortés.

servicio se incrementó. Temas frecuentes de las predicaciones de los jesuitas, en una ciudad cuya riqueza provenía del comercio, era los de la usura, los grandes principios morales y las condiciones justas de los tratos comerciales.

Pero de entre todos estos primeros trabajos pastorales, tal vez el más digno de reseñar haya sido su labor con la población africana que llegaba de modo permanente a Panamá. A diferencia de lo que ocurrió en otros lugares de América donde los jesuitas se dedicaron de lleno al mundo indígena, en la ciudad Panamá el centro de atención fue la población negra, incluso *los cimarrones* que en las áreas de Chepo y el Bayano buscaban escapar del control de sus amos blancos. Conviene recordar que, para fines del siglo XVI, habitaban en la ciudad de Panamá cerca de 12 000 emigrantes africanos. Como dice uno de los primeros jesuitas establecidos en la ciudad, “Panamá no parecía ciudad de las Indias; más parecía un pueblo de Etiopía”<sup>13</sup>.

Se puede decir con verdad que para los jesuitas de la América española, Panamá fue la primera escuela de aprendizaje en la pastoral afroamericana, que posteriormente perfeccionarían en los puestos misioneros de la costa colombiana, como Cartagena. El modelo básico consistió en fundar congregaciones específicamente organizadas para la población negra. Las *Congregaciones Marianas*, surgidas ya en tiempo de Ignacio, eran la estructura básica de pertenencia de los laicos al carisma ignaciano. Cuantas se iban fundando posteriormente se anexaban a la “*Prima Primera*” establecida en Roma. En Panamá, se llegaron a fundar dos congregaciones para los esclavos negros, la de *San Salvador* y la del *Santísimo Sacramento* en 1616. En la mañana de los domingos, en los diversos barrios se organizaba la catequesis y procesiones que en la tarde, después de recorrer las principales iglesias de la ciudad, confluían con todo ceremonial en una celebración de la eucaristía espe-

cialmente organizada con cantos, actuaciones teatrales, motivos, y adornos propios. Nueve grandes fiestas estaban establecidas para los congregantes a lo largo del año coincidiendo con la celebración de fechas marianas, y estas se hacían preceder de novenas. La fama que alcanzaron las “*congregaciones de morenos*” hizo incluso que sus amos pidieran a los jesuitas instituir asociaciones similares para ellos.

Al trabajo urbano, pronto añadieron los jesuitas panameños el de las misiones itinerantes en el interior del territorio. Las primeras misiones tuvieron lugar en el puerto de Nombre de Dios trasladado a Portobelo desde 1596 y aprovechando los meses de la llegada de las flotas de España que era época en la que se concentraban mercaderes, funcionarios y viajeros. Las Cartas Anuas nos relatan con frecuencia las circunstancias de dichas misiones, así como las realizadas periódicamente por los jesuitas en la Villa de Los Santos, la ciudad de Natá de los Caballeros, Utivá, Santiago de Veraguas, el presidio de Chepo o el pueblo nuevo de Atalaya.

Desde los pueblos del interior, los jesuitas dieron el salto a la evangelización en el mundo indígena. La primera experiencia debió tener lugar desde 1606, cuando el Obispo Antonio Calderón pidió a los jesuitas que le acompañaran en su visita pastoral en la que llegó hasta el Valle de la Luna, S. Pablo del Platanar, S. Pedro de Aspátara, Santiago de Guavalá y S. Félix, en las actuales provincias de Chiriquí y Veraguas, en territorios guaimíes. Aunque la comunidad establecida hubo de cerrarse, años después, en 1700, un jesuita panameño, el P. Esteban Ferriol, se internó en el territorio de los *guaymies*, *vorasques* y *changuines*, y tras estudiar su lengua, logró reunir varias poblaciones, en una de las cuales murió en 1747. Juan de Aspergalo y Lucas Portolani continuaron los trabajos de esta misión activa hasta el momento de la expulsión de 1767.

13. *Monumenta Peruana*, III, pág. 281.

También desde 1606, los jesuitas se adentraron en el territorio de Darién desde la vertiente colombiana gracias la expedición de los PP. Diego de Torres y Alonso de Sandoval. Más tarde, desde 1645, un jesuita panameño, Pedro Ignacio Cáceres, trabajó entre los *noanamás* del río San Juan y logró establecer una misión a la que acudieron Pedro de Orta y Juan de Santa Cruz y que, con no pocas dificultades, duraría hasta 1689, año en el que el P. Diego Altamirano, visitador de la Provincia, ordenó abandonar el territorio por las difíciles obstáculos que los mineros españoles ponían al trabajo misionero de los jesuitas<sup>14</sup>.

A partir de 1745, la Compañía se hizo cargo de la misión entre los *kunas* en el territorio panameño del Darién sur, por petición expresa del presidente Dionisio Martínez de Vega y de los propios caciques indígenas. El mismo provincial de Quito, Carlos Brentan, acudió a Panamá para organizar esta nueva misión a la que destinó a los PP. Joaquín Álvarez y Claudio Escobar, más tarde sustituidos por Ignacio María Franciscis y Jacobo Walburger, famoso redactor el primero de una gramática y un catecismo en lengua *kuna*. La misión tenía como centro los ríos Yaviza y Chucunaque y el poblado del Real de Santa María. Después de muchos e infructuosos esfuerzos por llevar a cabo la tarea evangelizadora, la oposición de los *leres kunas* y la presión de los colonos lograron que los jesuitas abandonaran el territorio pasando a la misión de los Guaymies<sup>15</sup>.

En *Guatemala*, el primer contacto con la población fue a través de dos exitosas misiones que a instancias de los vecinos

realizaron los jesuitas en 1582 y 1593<sup>16</sup>, hasta que en 1607 se estableció una primera comunidad ubicada en los locales donados por el chantre Lucas Hurtado de Mendoza, a las afueras de la ciudad donde construyeron una pequeña iglesia. En 1611, se trasladarán al centro de la ciudad en los locales donados por doña Leonor de Celada, y en ellos, en julio de 1626, edificaron su nueva y más amplia iglesia que quedaría hermosamente ornada de imágenes y útiles litúrgicos de 1645 gracias a las donaciones provenientes de D. Justiniano Chiavari. Desde entonces, las misiones en la ciudad se hicieron frecuentes cada año. Añádase a ello la constante atención a enfermos en los hospitales, moribundos y encarcelados, como en caso del P. Cristóbal Villafañe, asesinado precisamente cuando atendía a un sentenciado a muerte<sup>17</sup>.

Pero además, al menos desde 1616 tenemos noticias de que los jesuitas de Guatemala realizaban frecuentes misiones en otras regiones de la Audiencia como Honduras, Nicaragua, San Miguel y Sonsonate. En 1617, hubo un intento de colaborar en una misión en Costa Rica. Y en 1629, Fray Alonso Galdo, obispo de Comayagua, pedía ardientemente al provincial mexicano el envío de algunos jesuitas para ocuparse de las doctrinas bajo su jurisdicción<sup>18</sup>. Probablemente, a ello se deba el que, entre los alumnos de San Lucas, encontremos pronto los oriundos de estos territorios, además de Chiapas.

Como en Panamá, también en Guatemala los jesuitas trataron de organizar desde muy pronto la congregación de la *Annunciata*, una de cuyas secciones estaba formada por cole-

14. Pacheco, J. M., *Los jesuitas en Colombia*. Tomo III (1696-1767). Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 1989.

15. Walburger, J. (S. J.), *Breve relación de la provincia del Darién, de la ley y costumbres de los Indios, de la poca esperanza de plantar nuestra santa fe, y del número de sus naturales*. 1749. Archivo Nacional de Colombia, Bogotá, Milicia y Marina, t. 123, fol. 19-31.

16. Alegre, F., tomo I, pág. 284.

17. Pérez Alonso, M. I., "El Padre Rafael Landívar", *Estudios Centroamericanos*, vol. 40, El Salvador, 1950, pp. 24-32.

18. Alegre, F. II, pág. 400.

giales de San Lucas, San Borja y otros centros de estudios, mientras que la otra sección se dedicó a los laicos de la ciudad en general. Ya para 1647, San Lucas contaba con la primera congregación de estudiantes a cargo del P. Juan de la Cruz y otra dedicada a los “seglares” bajo la dirección del P. Manuel Lobo (a la que perteneció Pedro de Betancourt). A lo largo de los años, fueron sus directores jesuitas famosos como Peña, Siria, Montenegro, Molina, Cartagena, Benjumea, Zayas, Vallejo y el propio Rafael Landívar. Además de la participación en actos litúrgicos y de la formación que sus socios, recibían en sus reuniones semanales, y todos debían colaborar en actividades de atención social y servicio a personas necesitadas.

Si los compañeros panameños escribieron gramáticas, diccionarios y catecismos en lenguas indígenas, los guatemaltecos fueron biógrafos como Manuel Lobo (autor de la primera biografía sobre el Hermano Pedro) o el P. Antonio de Siria (que escribió la de la Sierva Ana Guerra de Jesús, en 1716), difusores de espiritualidad como José de Villalobos (autor de la famosa *Novena a la Virgen de la Merced*), predicadores de panegíricos y sermones (como Domingo de Paz y Nicolás Prieto), catequizadores como Juan Martínez de la Parra, autor de la famosa *Luz de verdades católicas* en 1691, literatos como Gutiérrez y Landívar o escritores de relatos como el que compuso sobre la ciudad de Guatemala el P. Vallejo<sup>19</sup>.

Desde luego, no hay duda de que tanto en Guatemala como en Panamá, los templos jesuitas, además de ser centros de culto, —nunca fueron parroquias—, se convirtieron pronto en centros de convocación urbana para la evangelización. Los jesuitas difundieron los

principios básicos de su espiritualidad anclados en la frecuencia sacramental, la oración mental, los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio, la importancia de la reconciliación y la atención caritativa hacia los pobres y necesitados. El instrumento que diseñaron los jesuitas para incidir en el compromiso cristiano de los laicos fue el que se usó en toda América: las Congregaciones Marianas de laicos cuyo objetivo era doble: la formación cristiana y el compromiso social y caritativo de sus miembros. Los jesuitas de Centroamérica crearon pronto congregaciones de estudiantes, de clérigos, de mujeres, de profesionales, de negros y de indígenas. Las congregaciones ofrecían la posibilidad de realizar a la par una labor social y un constante acompañamiento personal para tantas personas como acudían a los templos jesuitas y a sus confesionarios a toda hora.

Un hecho llama poderosamente la atención: tres de las grandes personalidades ascético-místicas de la época en Centroamérica fueron formadas o acompañadas muy de cerca por los jesuitas. La venerable salvadoreña Ana Guerra de Jesús<sup>20</sup> fue acompañada por los PP. Cerón y Siria, y —cosa bien rara en la historia de los jesuitas— consiguió la autorización para usar la sotana de la Compañía y hasta para ser enterrada en el templo de la Compañía en la Antigua Guatemala. Otro caso insigne es el de Mariana de Jesús, la famosa “Azucena de Quito”, a la que dedicó tanto tiempo de atención y escucha el Hermano panameño Hernando de la Cruz<sup>21</sup>. Y por último, el principal de todos ellos, el Hermano Pedro Betancourt, el Santo Hermano Pedro, que no solo fue alumno en las aulas de San Lucas de Guatemala, sino que fue acompañado espiritualmente por el jesuita Manuel Lobo, su primer biógrafo.

19. Luján Muñoz, L., “Una desconocida descripción de la ciudad de Guatemala en el siglo XVIII, hecha por el jesuita José Ignacio Vallejo”, *Anales de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala*, Año LIII, Tomo LIII, enero-diciembre de 1980, pp. 137-158.

20. Siria, A. de., *Vida admirable y prodigiosas virtudes de la V. Sierva de Dios D. Ana Guerra de Jesús...*, Guatemala, 1716 (estudiada por J. A. Platero; en el prólogo hay un “parecer” del jesuita de San Lucas, Marcos de Somoza).

21. López de Vallarino, T., *La vida y el arte del ilustre panameño Hernando de la Cruz S. J. (1591-1646)*. La Prensa Católica, Quito, 1950.

### 3. La atención a “las primeras letras”

Además del trabajo evangelizador, los primeros jesuitas en Centroamérica prestaron importante atención a la labor educativa. Se puede decir que los jesuitas entraron en el mundo educativo de nuestros países con humildad y desde abajo. Tanto en Guatemala como en Panamá, la Compañía comenzó haciendo lo que los vecinos y autoridades municipales más les pedían: enseñar a sus hijos a “*leer, escribir y contar*” como dicen las Cartas Anuas de los provinciales a Roma en esta época.

Desde 1575 en Panamá y desde 1606 en Guatemala hasta 1630, los jesuitas fueron maestros y gramáticos primero y sobre todo maestros de primeras letras o —dicho con el nombre curioso que les dan los catálogos de la Compañía en la época— “*ludimagistri*”, término con el que se señalaba al maestro de las primeras letras y que indicaba un progreso típico de la pedagogía jesuita, la cual daba a las clases de leer, escribir y contar, el doble carácter de juego y estudio que, combinados, trataban de alegrar la aridez del primer esfuerzo intelectual infantil. Tal vez esta sea la causa de que, desde muy pronto, tanto en Panamá como en Guatemala, los jesuitas fueran apreciados como educadores. En el caso panameño, nos consta que, durante todo el tiempo de su estadía, la administración municipal corrió con una parte de los gastos de los educadores, y en Guatemala vinieron a llenar el deseo de una institución educativa ansiada ya desde los tiempos del obispo Marroquín y cuyo prestigio no logró eclipsar el surgimiento de la Universidad San Carlos.

Hasta 1635 (en Panamá un poco más tarde, hasta la fundación de don Álvaro y doña Beatriz), los jesuitas emplearon sus principales esfuerzos educativos en la enseñanza de las primeras letras y de las que entonces

se llamaban “*Facultades menores*”, es decir, la Gramática, las Humanidades y la Retórica. La base de los estudios eran el griego y el latín, aunque en América el latín desplazó al griego<sup>22</sup>. Con su aprendizaje, se pretendía no solo el conocimiento de la antigüedad clásica, sino, sobre todo, desarrollar la capacidad de pensar el significado de palabras y frases, el origen de la lengua y, especialmente, vincularse con el sustrato cultural de la civilización occidental. El estudio de las lenguas clásicas no abordaba la realidad moderna, pero buscaba ejercitar tanto la memoria y la imaginación como la apreciación estética y, sobre todo, el método científico.

Tanto en Guatemala como en Panamá, el estudio de la gramática se desarrollaba en tres niveles: “*minoristas*”, “*medianos*” y “*mayores*”. Unos y otros utilizaban textos pedagógicos comunes a todos los colegios jesuitas, como el famoso del P. La Cerda. Poco a poco, los alumnos se iban familiarizando con fragmentos de Cicerón, César y Ovidio hasta llegar en los niveles superiores a la lectura y comprensión de los textos de Virgilio y Homero. A la traducción y aprendizaje de los textos, seguía *la composición* de frases, párrafos y relatos en latín. Ya en los niveles superiores de la gramática se pasaba a *la construcción*, que era un ejercicio de composición pero ya en verso. Se trataba de que los alumnos fueran aprendiendo tanto el uso de la gramática latina como las normas de poética clásica. Concluida la gramática, los estudiantes debían cursar las Humanidades, la Poesía y la Retórica. Las Humanidades se ocupaban del estudio de la literatura clásica, poetas y oradores<sup>23</sup>.

Las primeras letras fueron, para los profesores jesuitas de Panamá y Guatemala, no solo un paso obligado hacia las ciencias superiores, sino que, además, desde la enseñanza de las primeras letras los jesuitas introdujeron un

22. Osorio Romero, I., *Colegios y profesores jesuitas que enseñaron latín en Nueva España (1572-1767)*, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1979.

23. López Sarralange, D. E., *Los Colegios jesuitas de la Nueva España*, s.e. México, 1941.



nuevo método de enseñar. Recuérdese que lo único que encontraron en la vida educativa centroamericana a su llegada eran los seminarios tridentinos o las escuelas anexas a los establecimientos religiosos. En ese sentido, en Centroamérica, los jesuitas fueron los primeros en pasar de una educación que solo era catequización directa, a una educación temática y crítica que abría las puertas al alumno hacia la cultura de la época y la síntesis personal ante la ciencia y el pensamiento humanos.

Además, conviene recordar que, en lo que toca a los métodos pedagógicos, los primeros jesuitas en Centroamérica tuvieron que ser innovadores, pues recordemos que, cuando comenzaron sus tareas, no contaban aún con la existencia de la *Ratio Studiorum*, que no fue promulgada hasta 1599 y fue divulgada en los veinte años posteriores. En Guatemala y Panamá, de alguna manera se repetían y adecuaban los modelos educativos de México y de Lima, donde se seguían programas y métodos de los colegios y las universidades de Alcalá y Salamanca, lugares de estudio de la mayoría de los misioneros. A estas tradiciones, añadieron las propias experiencias que iban adquiriendo en el contacto con las sociedades urbanas de América Latina.

#### **4. El interés por la educación universitaria**

A partir de la década de 1630, tanto en Guatemala como en Panamá se produce un cambio significativo en la orientación del trabajo educativo de la Compañía de Jesús. Podríamos decir que, en esas fechas, se pasa de un enseñanza centrada en las primeras letras y en las “Facultades Menores”, hacia un enseñanza orientada más bien hacia las “Artes” —es decir, hacia la Filosofía—, y más tarde hacia la Teología. Este cambio suponía de hecho una apuesta evidente por la vida universitaria propiamente dicha. A los jesuitas de Guatemala y Panamá, les cabe el honor de ser los iniciadores de las primeras estructuras universitarias en ambos países, si bien hay que recordar que, en el siglo XVII,

la línea que dividía la enseñanza general de la enseñanza universitaria era más tenue que en la actualidad.

El cambio de rumbo surge a partir del 29 de marzo de 1634, cuando el papa Urbano VIII, gracias al Breve “*In Supereminenti Apostolicae Sedis*”, renueva y aumenta los privilegios otorgados a la Compañía por el papa Pío IV, gracias a los cuales se concedía a la Compañía la facultad de otorgar títulos universitarios a sus alumnos si los colegios estaban distantes de una universidad ya erigida. A diferencia de otros privilegios parecidos otorgados a otras órdenes religiosas, estas bulas papales permitían que los títulos otorgados por los jesuitas tuviesen valor en todas partes, no solo en los territorios de América Latina. Para la Compañía, esta concesión venía a llenar una doble necesidad: la de poder dotar a los propios jesuitas en formación de un título universitario y la de ofrecer una institución educativa competente y preparada para la juventud de muchos países de América y Asia.

Estos privilegios papales logrados tras no pocas dificultades por los generales de la Compañía hicieron especialmente atractiva la enseñanza de los jesuitas en muchos lugares de América y, sobre todo, en los lugares más alejados de instituciones universitarias, como era el caso de Panamá y Guatemala. Así, desde 1630, en ambos lugares, los jesuitas comenzaron a otorgar grados académicos superiores y a poner en marcha las dos “Facultades Mayores”, propias de las universidades de la época: la Facultad de Artes o Filosofía y la Facultad de Teología, a las que pronto unieron la de Cánones o Moral.

En el caso de Panamá, el proceso fue más lento. Hasta el momento de la donación de don José García de Álvaro y doña Beatriz Fernández Montero, se establecieron dos cátedras, una de Filosofía y otra de Teología en 1651. Pero el incendio de la ciudad llevado a cabo por el pirata Henry Morgan en 1671 supuso la destrucción tanto de los edificios del

centro educativo como de otros con cuya renta se sustentaban. En 1744 volvieron a reabrirse los cursos universitarios gracias al impulso y a la significativa ayuda económica de monseñor Francisco Javier Luna, que logró establecer una cátedra de Filosofía, otra de Teología Escolástica y una tercera de Teología Moral, consolidándose así un centro educativo, la Universidad de San Javier, inicio de la vida universitaria panameña<sup>24</sup>.

En Guatemala, la presencia de los jesuitas en la vida universitaria atravesó dos períodos. De 1635 a 1676, durante cuarenta años, el Colegio San Lucas fue el único centro universitario de Guatemala. Amparado en los privilegios de la bula de Urbano VIII, otorgaba grados de bachiller, licenciado, maestro y doctor en Artes y Teología. Las instalaciones iniciales se consolidaron con la adquisición de la manzana de los Díaz del Castillo en el centro de la ciudad, gracias a la donación del capitán Nicolás Justiniano Chiavari. Con los datos que tenemos, podemos asegurar que San Lucas llegó a contar normalmente, durante el año académico, con cerca de 200 párvulos, 150 gramáticos, 35 filósofos y otros 30 teólogos. Baste citar entre ellos algunos alumnos tan ilustres como el Hermano Pedro de San José Betancourt, el venerable Bernardino de Ovando, el famoso escritor Francisco A. Fuentes y Guzmán o el cronista franciscano Francisco Vázquez.

El segundo período va desde el año 1676 hasta la época de la expulsión. Estos noventa años están marcados por la subordinación de San Lucas a la Universidad de San Carlos cuya Real Cédula de fundación llegó a Guatemala en 1676. En este segundo período, aunque se siguieron manteniendo las clases en el Colegio de San Lucas, sus alumnos debían realizar los exámenes finales en la Universidad

de San Carlos si pretendían obtener su título universitario, lo que era un deseo más frecuente entre los estudiantes eclesiásticos que entre los laicos. Además, los estatutos universitarios impedían que las clases de San Lucas pudieran darse a las mismas horas en que se impartían las mismas materias en San Carlos.

Nada de esto arredró a los profesores jesuitas de San Lucas. Al contrario, a los ya abundantes alumnos que frecuentaban las aulas de San Lucas, se unieron desde 1699, los que se alojaban en el internado de San Francisco de Borja, fundado por el P. Ignacio de Azpeitia, provenientes sobre todo de otras regiones de Centroamérica, como Chiapas, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, la mayoría de ellos laicos. Pese a estas nuevas medidas administrativas, el prestigio de la institución hizo que los alumnos de los jesuitas no solo no disminuyeran, sino que, una vez concluidos sus estudios, consiguieran las mejores posiciones entre el total de los graduados por la Universidad de San Carlos. El P. Sáenz de Santamaría, tras estudiar cuidadosamente el ritmo de las graduaciones, ha concluido que, para el caso de los graduados en Filosofía, el 63% de ellos eran alumnos de San Lucas y San Borja<sup>25</sup>. No es de extrañar por ello el que la mayoría de los primeros rectores de la Universidad de San Carlos provinieran de los exalumnos jesuitas.

Así como en el modo de inculcar primeras letras y gramática, los jesuitas en toda América debieron innovar método y pedagogía, en el campo de la Filosofía y de la Teología siguieron muy de cerca las pautas establecidas por la *Ratio Studiorum* para las Facultades Mayores. La Filosofía descansaba sobre el estudio de tres principales áreas: la Lógica, la Física y la Metafísica, siguiendo muy de cerca los textos de Aristóteles. Sin embargo,

24. Susto Lara, J. A., "El primer arzobispo panameño, Dr. Francisco Javier de Luna Victoria y Castro", *Boletín de la Academia Panameña de Historia*, 12, enero de 1937, pp. 29-33.

25. Sáenz de Santamaría, C., *Historia de la educación jesuítica en Guatemala. Parte I. Período español (Siglos XVII y XVIII)*, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo (Madrid), Universidad de Deusto (Bilbao), Universidad Rafael Landívar (Guatemala). Madrid, 1978.

siguiendo el estilo pedagógico tanto del Colegio Máximo en México como de las innovaciones establecidas en el de Quito, a esta estructura básica se añadieron, desde el siglo XVIII, muchos de los contenidos de la llamada *ciencia moderna* y de la física de los racionalistas, con un carácter mucho más experimental que la física aristotélica. A juzgar por los inventarios de las bibliotecas de Panamá y Guatemala, cuyos avalúos descansan en los archivos de Chile y Guatemala, podemos concluir que muy pronto los jesuitas que enseñaron en Centroamérica incorporaron las conclusiones de la ciencia moderna en sus programas.

Los estudios de Teología se dividían en dos grandes bloques: los *de Prima* o matutina, en la que se enseñaba la Teología dogmática y escolástica y los estudios de *Teología vespertina* o de vísperas en que se enseñaba Moral, Derecho Canónico y Escritura. Tanto en Guatemala como en Panamá, los jesuitas concedieron mucha importancia a la enseñanza de la Moral y ampliaron sus cursos a un nuevo alumnado, los clérigos y religiosos de las ciudades, que acudían tanto por interés propio como por el deseo de sus obispos.

Huelga decir que el método utilizado fue el propio de los jesuitas, que tanto huía del sistema clásico consistente en dictar las clases. A cambio, se pretendía a toda costa poner al alumno en actividad utilizando desde las famosas luchas entre romanos y cartagineses en las clases de gramática, hasta las repeticiones, es decir, exposiciones del propio alumno, los ejercicios literarios, los actos públicos y las defensas de *conclusiones*, así como las disputas sabatinas y otros métodos parecidos que buscaban preparar especialmente al alumno no tanto para memorizar los contenidos transmitidos por los profesores, sino, más bien, para hacerle capaz de argüir, defender o discrepar desde argumentos consistentes ante un oponente.

Sobre la metodología utilizada por los jesuitas en Centroamérica en sus centros

educativos, hay que decir que, tanto en Guatemala como en Panamá, lo acostumbrado era que el mismo profesor recorriese con los alumnos todo el ciclo formativo desde la Gramática hasta la culminación de la Teología. Los profesores jesuitas eran, pues, docentes de un saber enciclopédico que debían preparar cada año alistándose a transmitir nuevas materias y contenidos.

## 5. Dos modelos apostólicos

En conjunto, podríamos decir que el trabajo jesuítico en Centroamérica durante el período colonial conoció dos modelos. En *el modelo guatemalteco*, el énfasis radicó en lo académico y solo esporádicamente en algún trabajo misionero en áreas de la zona cercana: El Salvador, Costa Rica, Honduras, Nicaragua y el Petén. Tal vez, esto se debió a la necesidad de emplear todas las fuerzas en el trabajo académico para contar con una seria competencia en él, frente al resto de centros educativos de otros religiosos, el Seminario de la Asunción y, sobre todo, desde 1676, la Universidad de San Carlos, que amenazaban la supervivencia de las instituciones educativas de la Compañía en Guatemala. Esta misma concentración sobre la educación permitió dar una mayor calidad a los programas, una mayor estabilidad a las instituciones y una mejor formación a sus alumnos. La cercanía con la ciudad de México y la permanente renovación de sus profesores —buena parte de ellos centroamericanos— hicieron que San Lucas y San Borja se mantuvieran muy al corriente de las diversas corrientes de pensamiento filosófico y teológico que circulaban por todo el Virreinato de Nueva España. A cambio de ello, el radio de acción y la incidencia fueron más reducidos a las aulas y a los altos estratos de la sociedad colonial guatemalteca, de quienes, en general, los jesuitas gozaron siempre de gran aprecio y para los que la expulsión resultó una medida sorpresiva y arbitraria.

En *el modelo panameño*, sin embargo, la educación jesuita tuvo sin duda una menor

calidad académica. Y ello por diversas razones. La oscilación de la vida económica del país (más aún, el empobrecimiento desde 1736 cuando se suprime el sistema de flotas y se cierra la feria de Portobelo), los incendios y saqueos constantes, el traslado de la ciudad y las frecuentes epidemias propias de una ciudad costera hacían difícil la estabilidad de una institución educativa. Esta permanente inestabilidad fue salvaguardada de hecho gracias a las constantes donaciones y ayudas tanto de parte de la ciudad, como sobre todo de parte del obispo Francisco Javier de Luna Victoria y Castro, que desde inicios del siglo XVIII tomó como asunto muy personal el favorecer, por todos los medios posibles, el establecimiento de una universidad jesuita en Panamá, lo que logró aún antes de la Real Cédula de fundación de junio de 1749.

Pero lo que hace al modelo universitario panameño diferente no es solo eso. También fue diferente porque la educación y la expansión evangelizadora en el territorio fueron tarea conjunta y, sin duda, de más interés que en Guatemala. Los jesuitas en Panamá recorrieron las zonas indígenas del país, fundaron pueblos y reducciones, escribieron vocabularios, diccionarios y catecismos en lenguas indígenas y comenzaron a hacerse expertos en el trabajo con la población negra desde su llegada a Portobelo. Lucharon con denuedo en favor de la población indígena gnoise, kuna y emberá. Varios de ellos murieron en el Darién o en el territorio de Veraguas, y por su afán de oponerse a los desmanes de conquistadores, encomenderos y mineros, no pudieron evitar que se les retirara el apoyo del “sínodo” concedido por la Audiencia a los misioneros y fueron obligados a abandonar los territorios indígenas a mediados del siglo XVIII.

El cronista franciscano del reino de Guatemala, Fray Francisco Vázquez, en la biografía que dedica a Pedro Betancourt, resumía en un dístico la labor de los jesuitas en Guatemala: “*buenas letras, virtud y cortesía, se enseña en la escuela de la Compañía*”<sup>26</sup>, mientras que en Panamá, como subraya uno de los informes redactados al Consejo de Indias, insistían en la necesidad de apoyar los esfuerzos educativos de los jesuitas “porque de ellos depende en buena medida la evangelización de todo este territorio de Tierra Firme”.

## 6. El exilio italiano

Digamos dos palabras para concluir acerca de los jesuitas centroamericanos en el exilio en Italia y especialmente acerca de la figura egregia del P. Rafael Landívar.

Con solo un mes de diferencia, se llevó a cabo la expulsión de los jesuitas en Guatemala y en Panamá. En Guatemala<sup>27</sup>, al amanecer del 26 de junio de 1767, el fiscal don Felipe Romana y Herrera, apoyado por una compañía de Dragones, irrumpió en las instalaciones de San Lucas obligando al encierro bajo vigilancia a los 14 jesuitas moradores en ese momento de dicho colegio y del internado de San Borja. El 1 de julio, ante la consternación del vecindario, la comitiva de proscritos emprendió el camino hacia el Golfo Dulce desde donde fueron embarcados rumbo a La Habana a bordo de la fragata *Thetis* y de ahí hasta el gaditano Puerto de Santa María en las costas españolas.

En Panamá, el 2 de agosto de 1767, el gobernador interino Joaquín Cabrejo, a las tres de la madrugada ingresaba en la Residencia de los jesuitas, y, el 28 de ese mismo mes, el

26. *Vida y virtudes del Venerable Hermano Pedro de San José de Betancourt*, por el R.P., Guatemala: Ed. Lázaro Lamadrid, 1962, pág. 68.

27. “Expediente actuado por el señor Brigadier don Pedro Salazar, Gobernador y Capitán General del Reyno de Guathemala y Presidente de su Real Audiencia, sobre la expulsión de los Religiosos de la Compañía de Jesús y su remisión a España”, *Boletín de Archivo General del Gobierno*, Guatemala, Tomo VIII, N.º 3, (1943), pp. 359-367 y N.º 4, (1943) pp. 371-395.

grupo de los expulsos salía en comitiva por el Camino de Cruces y Chagres hasta Portobelo ,donde se embarcaron hacia Cartagena y desde allí al Puerto de Santa María<sup>28</sup>.

De entre todos los jesuitas expulsados de las Provincias de México y Quito, más de veinte eran centroamericanos y, de todos ellos, el que más fama adquirió en Italia fue sin duda el guatemalteco Rafael Landívar. No tenemos tiempo para dedicarnos al comentario de toda la obra landivariana a la que, por otra parte, se han dedicado ya no pocos estudios. Pero bástenos decir una palabra para ubicar la figura este insigne jesuita centroamericano.

¿Cómo entender la *Rusticatio Mexicana* escrita en 1782? Hoy parece muy probable que esta obra —incluyendo sus dibujos autógrafos— sea el resultado de todo un trabajo anterior a la estadía de Landívar en Italia, realizado a lo largo de toda su vida académica. La *Rusticatio Mexicana* representa el último aporte de la generación de los jesuitas centroamericanos a la cultura latinoamericana. La *Rusticatio* no debe entenderse únicamente como un canto nostálgico de un jesuita expulso al estilo de la literatura bucólica de Virgilio y, por eso, escrito en latín. La *Rusticatio* es algo más: Landívar captó, como muchos de los jesuitas expulsos en Italia, el juicio negativo con el que América y los americanos eran vistos desde Europa a finales del siglo XVIII. La imagen típica de países atrasados en el progreso, salvajes en sus incontenibles naturalezas, plagados de habitantes perezosos e inconstantes era tema que se repetía entre los intelectuales europeos y que probablemente tuvo su origen en los escritos del francés Buffon, el holandés Cornelio de Pauw, el escocés William Guthrie o el inglés Oliver Goldsmith.

Frente a esta imagen deformada de la realidad latinoamericana, Landívar buscaba reivindicar una nueva imagen de Mesoamérica. Algo semejante a lo que habían realizado otros jesuitas en los días del exilio italiano: José Jolís con su ensayo sobre la *Historia natural del Chaco*, la *Historia natural de Chile*, de Juan Ignacio Molina, o la más conocida *Historia de la México* escrita por el P. Clavijero, con quien Landívar convivía en la famosa casa de *La Sapiencia* en Bolonia. Unos y otros buscaban rescatar la identidad y el valor de la naturaleza y la cultura latinoamericanas. Podríamos afirmar que un doble propósito movía a Landívar: rescatar el valor de la belleza de la naturaleza mesoamericana y, sobre todo, valorar en su justo precio la laboriosidad de sus gentes a las que, en uno de los capítulos de *Rusticatio*, llega a comparar con el castor (animal al que dedica una sección entera pese a ser inexistente en el territorio centroamericano). La Guatemala de la que la *Rusticatio* habla es más una Guatemala potencial que la Guatemala real, una Guatemala posible y deseable frente a la Guatemala que, vista desde el exilio europeo, contemplaba, como la suerte de los exilados jesuitas latinoamericanos, sometida a los dictados desiguales del sistema mercantilista de la colonia. En ese espíritu, Landívar invita a sus lectores a imaginar un nuevo horizonte económico y social más cercano a los días de la Independencia:

Aprende a estimar en mucho tus fértiles tierras, a explorar animosamente y a investigar con paciente mirada las riquezas del campo y los excelentes dones del cielo. Sea otro el que vaya por las campiñas, doradas por el sol, con desapercibidos ojos, como los animales, y dilapide indolente todo el tiempo en juegos. Mas tú, que posees gran agudeza de entendimiento, despojándote de las antiguas ideas, vístete ahora con las nuevas, y resuelto a descubrir sagazmente los arcanos de la naturaleza, ejercita

28. Díaz Melian, M. V., "La expulsión de los jesuitas y la clausura de la Universidad de San Francisco Javier de Panamá", *Lotería*, 404, agosto – diciembre de 1995, pp. 46-63. Arce, E., Sosa, J. B., "Manera como se llevó a cabo la expulsión de los jesuitas de Panamá" en Susto Lara, J. A., *A dos siglos del extrañamiento de los jesuitas y clausura de la Real y Pontificia Universidad de Panamá*. Edición Patrocinada por el Colegio Javier, Panamá, 1968.

en la búsqueda todas las energías de tu ingenio, y con gustoso trabajo descubre tus riquezas.<sup>29</sup>

En otras palabras, además de una evocación nostálgica de la campaña centroamericana desde los ecos de las Geórgicas de Virgilio, la *Rusticatio* pretendía conseguir en sus lectores un doble objetivo: impugnar científicamente la falsa imagen de América elaborada por algunos intelectuales europeos

y llamar la atención sobre los potenciales recursos naturales del país a partir de los cuales era posible y deseable imaginar una nueva situación social y política<sup>30</sup>. En este sentido, la obra de Landívar debe ser entendida como un preámbulo a la reflexión de los intelectuales sobre la independencia de América Latina, asunto que ocupó, como sabemos, el pensamiento de otros muchos jesuitas expulsos de América Latina.

29. Landívar, R., *Rusticatio Mexicana*. Prólogo, edición y notas de Octavio Valdés. UNAM, México, 1973. pág. 215.

30. Pérez Alonso, M. I., "El destierro de los jesuitas mexicanos y la formación de la conciencia de nacionalidad", en *La Compañía de Jesús en México. Cuatro siglos de labor cultural 1572-1972*, México, 1972.